

Es posible que también en el caso del autorizado catedrático florentino, cuyo estro poético es indiscutible como lo acabamos de comprobar, actúen y se entrelacen, en lo lingüístico, todos estos factores.

GIOVANNI MEO ZILIO

Universidad de Venecia.

### GIOVANNI PAPINI HOY EN DÍA

“Para comprender completamente a Dante hace falta un católico, un artista y un florentino”, escribía en las primeras páginas de su *Dante vivo* de 1933, después de veinte años de *Un uomo finito* (1913) y de doce de la *Storia di Cristo* (1921), Giovanni Papini — católico, artista y florentino —, y añadía, con referencia a los “dantisti, dantologi e dantomani”, que “Dante es vida y ellos están medio muertos. El es luz y ellos permanecen a oscuras. El es fuerza y ellos siguen débiles y flojos”. Pero eso no es nada, para que vuelva de repente a la memoria del lector de hoy la imagen del escritor cuyo centenario de nacimiento se conmemora este año; eso ocurrirá seguramente con más inmediata y mayor evidencia relejendo sus palabras: “Los gigantes pueden hasta equivocarse, ¡son los pigmeos quienes dan asco!”.

Nos preguntamos cuál pueda ser la reacción del lector medio de hoy — acaso dejando de lado a los literatos de profesión... — delante de un escritor que, sintiéndose un “gigante” (porque aparece patente la atribución de Papini de esta calidad también a sí mismo), echa un desprecio categórico y total sobre el universo, desde lo alto de su propio pedestal. Pero quizás nos preguntamos, aun antes, de qué escritor se trata, ya que se plantea en seguida el problema de saber a qué tipo de escritores se pueda adscribir a Papini, por lo menos al Papini de las obras que tienen a un protagonista bien definido oficialmente ya en el título, esto es, al lado de las tres obras ya recordadas, por lo menos el *Michelangiolo* (1949): obras que se pueden adscribir al género literario cuya evaluación pasa periódicamente desde la predilección hasta la molestia, y al contrario, por parte del público.

Hoy en día, por lo menos en unos países, empezando por Italia, este tipo de prosa está otra vez en auge: lo atestiguan las “biografías noveladas” de un Massimo Grillandi, de un Piero Chiara, de un Antonio Spinosa. En otras palabras, se puede pensar que el lector medio prefiere hoy en día — y hasta pasando de la “biografía novelada” a la

“novela” — una novela construída con una trama visible, que se lea con placer también por lo que se refiere a la forma, en efecto más allá de los juegos cada vez más desencajados y arbitrarios de la expresión de moda ayer: una novela que quiera de todas maneras, explícita o implícitamente, indicar una interpretación cualquiera de la vida, de la vida del hombre en general o de la de categorías de hombres en particular.

Después de lo dicho aparece claro que Papini, el Papini a quien gran parte de la crítica, por lo menos la italiana, tuvo “in gran dispetto” (para decirlo con Dante), después de la conversión y de la consiguiente *Storia di Cristo*; a quien insultó e indicó como “vitandus”, después del desastre — para su país — de la segunda guerra mundial, por “fascista” y por haber sido elegido en la Academia de Italia fundada por el fascismo; el Papini presentado de nuevo hoy en día a un público que va liberándose evidentemente de neuróticas finalidades literarias o políticas, vuelve presumiblemente no sólo a interesar sino también a agradar. Y es natural que se piense en el interés y en el agrado de un público que, conociendo acaso, de Papini, no más que el nombre — si es que lo conoce —, se siente sorprendido en un primer momento, atraído en un segundo, envuelto, en un tercero, en el vórtice divertido de la evocación de los personajes papinianos.

Eso se puede decir, no sólo de las figuras de Dante o de Miguel Angel o del mismo escritor, sino hasta de la de Cristo, ya que se trata de un Cristo que, con su origen en los Evangelios canónicos y a veces también en los apócrifos, se presenta nuevamente con toda su esencia terrena hasta la Ascensión, en una narración que quiere — con una exposición cada vez más envolvente — proclamar la misión de gracia y de justicia hacia una humanidad que Papini presenta como la más corrompida de todas, con una violencia de neófito igual a la del antiguo blasfemador.

Se puede presumir que el estallido de los fuegos de artificio de la oratoria que Papini emplea también en la *Storia di Cristo* pueda hacerla aparecer hoy también, a la presumida “profesión” del crítico, objeto aún más digno de ser ignorado que criticado. Pero precisamente el abandono total de este “biógrafo” de Cristo al más riguroso conformismo católico de su tiempo en la forma más absoluta, más allá y más arriba de cualquier defensa razonada de sus propias afirmaciones, aparece hoy en día comprensible y justificable precisamente en la fuerza con que el escritor creía en sí mismo, en su total indiferencia hacia el juicio de otros, en el ímpetu arrollador que le llevaba a él en un mundo recreado con una libertad de evocación que todavía mantiene su respeto hacia la figura del Redentor gracias a la patente finalidad de exaltación. Es una exaltación que va de un símbolo a otro (empezando por el primero, la “cuadra” de Belén, símbolo de la tierra, “pocilga precaria, donde todos los adornos y los perfumes no pueden esconder el estiér-

col”), hasta la afirmación final — que no admite objeciones — de que “la humanidad no ha cerrado todavía sus cuentas con el Asesinado que salió de la cueva para enseñar el pecho donde la lanza romana hizo visible para siempre el Corazón que ama a los que le odian”; donde se ha cumplido, para decirlo con San Pablo, “la locura de la Cruz”.

En todo caso, la humanidad de hoy, inclinada cada día más a buscar algo de la vida del espíritu, que tantos elementos han contribuido dramáticamente a poner en duda si no a borrar, al decidirse a poner o volver a poner su atención sobre esta *Storia di Cristo*, puede muy bien dejar de ocuparse del mudar de los gustos literarios, con el estímulo de las urgentes exigencias del espíritu.

GIUSEPPE CARLO ROSSI

Istituto Universitario Orientale  
Napoli (Italia).

### UN OLVIDO IMPERDONABLE

El 23 de noviembre de 1980, Manuel Seco Reymundo fue recibido públicamente como miembro de la Real Academia Española, para ocupar la silla que dejó vacante don Vicente García de Diego.

Los textos de los discursos, tanto el de posesión del nuevo académico, como el de contestación de don Rafael Lapesa Melgar, fueron publicados por la misma Real Academia en un folleto con el título *Las palabras en el tiempo: los diccionarios históricos* (Madrid, 1980, 83 págs.).

Comenzó el señor Seco con los agradecimientos de rigor y relieve a continuación los méritos que como dialectólogo y etimólogo ostentó su ilustre antecesor en la silla. Se ocupó seguidamente de “Los diccionarios históricos” — punto central de su docta disertación — enumerando aquellos que siempre se han considerado como soportes de la lexicografía moderna y dividiéndolos en cuatro clases cuyo común denominador es el enfoque diacrónico en el estudio de cada unidad léxica.

El nuevo académico analizó brevemente algunas obras lexicográficas de otros idiomas con el objeto de resaltar la importancia de los diccionarios históricos y de lamentar la carencia de un ejemplar lexicográfico de esta clase para la lengua española. Son tres los acervos léxicos que a su juicio han dejado una huella profunda dentro de tal género